

LUNES DE CALINEZ

—¡Qué semana de emociones, querido Tobálo! ¡Qué serie inacabable de acontecimientos! ¡Cuántos sobresaltos y cuantos sinsabores sufridos!

—Yó me figuro, Calínez, que aquí pasa algo extraordinario.

—¡Una friolera! ¿Pero tú no has visto, qué de cosas raras y de fenómenos extraños se han sucedido en el corto transcurso de ocho días?

—Yá, yá. Estoy medio aturdido con estas novedades, después de tantas horas de calma chicha y de modorra meridional. Yó me decía para mis adentros ¿Es posible que aquí nadie se agite, ni se mueva, ni lance noticias, ni comente sucesos, ni haga pronósticos, mas que uno, uno sólo de los vecinos de la ciudad, á quien se le vé en todas partes, á todas horas, con vivas explosiones de ruidosa algazara, simbolizando aquel su favorito y tradicional sport de los voladores detonantes, ir del Gobierno al Ayuntamiento, de aquí al Telégrafo, de éste eléctrico centro á la Diputación, de esta codiciada mansión Trujillesca, Capelesca y novelesca, á casa de este y del otro y del de más allá, comunicando nuevas y vaticinando sucesos, alto, enjuto, nervioso, pálido, jadeante, desencajado?

—¡Ah, Tobálo y cómo has detenido tu atención escudriñadora sobre este curioso caso fulminante de hidrofobopolitiquitis aguda! Desde un principio tuve ocasión también de observarle y recordé que en la patología política, son muy frecuentes estos ejemplares que se desarrollan con los años y á costa de correr y correr mucho, como es natural.

—A juzgar por sus inquietudes y agitaciones, si á fuerza de moverse y de intrigar, hubiera escalado puestos, debería ocupar por derecho propio la presidencia del Consejo de ministros que hoy usufructúa el soberano Canalejas.

—¿Qué usufructúa dices? ¿Pero es que piensas Tobálo, que Canalejas no tiene en pleno dominio la herencia de D. Segis?

—Así lo creo, Calínez.

—No digas disparates, ni pienses cosas tan estupendas, Tobálo.

—Lo he oído decir además en todas partes, y yo mismo te confieso que Canalejas es el ratoncillo con el que juega caprichosamente el astuto gatazo que rije y acaudilla el clericalismo conservador militante.



—¿De quién oíste semejantes afirmaciones?

—De los bellveristas locales que beben en las puras fuentes del más bien informado centro de sus maquinaciones. Me refiero á los señores que de D. José Bellver, reciben la inspiración, el aliento, el mandato, la consigna, el santo y seña en fin; y ¡cuidado si D. José es hombre que se entera! Dicen que lo sabe todo y que da la hora fija.

—Eso sí, cuando sus leales y afiliados largan una noticia, por sentencia firme debe ser tenida y estimada. No se equivocan, no. Figúrate que D. José vive al lado, muy al lado y goza de la confianza del superhombre D. Antonio Maura; y por si algo faltare, bulle en todos los ministerios y se tutea con lo más florido y lozano de la plana mayor del maurismo.

—Y ahora que has dicho lozano. ¿No es así como llaman al magnífico y superabundante D. Domingo, el grandioso manipulador de la política del distrito de Purchena, y el que mueve y agita con atléticos impulsos al microscópico Sr. Capel?

—Sí, Tobálo. D. Domingo es un hombre festivo: Todo él es fiesta solemne. Y no vayas á imaginar que por ser Domingo cúmplase en él ese social y religioso precepto del descanso dominical. No. D. Domingo trabaja y trabaja afanosamente, constantemente, lozanamente porque en Purchena predomina una política determinada y contraria á la del seráfico é inofensivo López Morales. Capel, el Sr. Capel de la Torrecilla es su instrumento de acción y lucha.

—Poco instrumento me parece, para un hombre tan abultado, Calínez.

—¡Ah! Tobálo. En estas orgánicas manifestaciones políticas no existe una regla fija y cierta.

—Bien. Pero ¿sabes lo que aseguran

los que presumen de mejor informados?

—Sí, lo sé Tobálo. Lo sé todo. El fracaso de Capel y el de D. Domingo; es cosa descontada en aquel distrito dulce, tranquilo y suave.

—¿De modo, que tú estás apercebido de todos esos embrollos?

—Natural, Tobálo, natural. Lozano y Capel tratan contra viento y marea de entronizar por aquel poco discutido distrito á Carrasco. Los de Purchena, por tradicionales motivos le hacen á ese candidato una parte principal del apellido, al decir de muchos de aquellos naturales, y para mayor dolor de Lozano y Capel, tienen enfrente á don Feliciano. ¡Ya ves tú!, Feliciano y Lozano, queriendo cada uno de por sí, hacer la felicidad del distrito de Purchena.

—¿Y qué opinas de esta enconada lucha?

—Hombre, yo creo que la lozanía no es tanta como parece y que el triunfo será de los felices ó felicianos. Figúrate que á la hora de ahora—como dicen los hablitas cursis—los liberales de Oria, han vuelto su parte posterior á Capelito, que vé por instantes desaparecer su valimiento.

—¡Caracoles! ¡Le han vuelto la espalda los de Oria!—Casi estoy por decir, Calínez, que en lugar de Domingo y de Lozano, el gladiador rubicundo debiera ser llamado Martes Marchito. ¡Qué desgraciados son á juzgar por estas manifestaciones tuyas!

—Y no será, Tobálo, porque dejen de ser el uno y el otro dos figuras simpáticas y atrayentes. Pero la virtud fué siempre desgraciada.

—A propósito de esa novísima y profunda frase que has pronunciado, voy á comunicarte algo que se relaciona con las cuestiones locales.

—¿Qué es ello, Tobálo?

—Que á D. Onofre, nuestro popular y amado Alcalde, no lo miran con mucho gusto los modernos directores de la política gubernamental. Se ciernen sobre su cabeza venerable, una amenazadora nube, que acaso, acaso, lo anegué con el turbión que en su seno se encierra.

—Mira, Tobálo, tus impresiones pesimistas son algo exageradas. D. Onofre, es persona muy hábil y no lo consideres tan huérfano de altas y poderosas protecciones, que juzgues cosa fácil el que sea arroyado y maltrecho.

—No sé que te diga, Calínez. Este es un enigma abrumador.